

Nos intrigó con sus pinturas de interior que tenían por escenario la antigua casa familiar. Las nobles estancias interiores del pazo de Ortoño, una señorial construcción del siglo XVI, desfilaban por sus lienzos, en los que aparecían sus nobles escaleras, suelos, puertas, ventanas y mobiliario convertido en potenciales superficies energéticas que atesoraban escenas un tanto incómodas por los misterios que presagiaban. Aquellos escenarios de interior que conseguían crear cierto suspense ahora alcanzan su clímax, se convierten en filón para este pintor de historias un tanto detectivescas con un desenlace a menudo fatídico o morboso.

Es lo que ha sucedido en la exposición actual de Víctor López-Rúa (A Coruña, 1971) en la compostelana Fundación Granell. Personajes que circulaban por el hogareño interior se asoman ahora a los jardines y fragas que rodean la vivienda. No se sabe si les ha compensado salir ya que en el momento que deciden hacerlo es cuando se suceden intrigas, muertes, misterios, suspenses y tormentos.

TODOS UN MUNDO DE SOMBRAS, el lado oscuro de la realidad sale al encuentro del espectador. La obra indaga en ese término tan romántico conocido como belleza sublime, ya que está al filo de lo bello y lo siniestro. El visitante de estas obras se imagina una historia y la completa a su modo con el desenlace que más le convenga. Porque el artista sirve bien calientes las secuencias.

Construye escenarios, como un director de cine, en un montaje mucho más importante que la obra en sí. Valora los encuadres, incluso cuando son exteriores. Y todos ellos incorporan algún detalle estructural arquitectónico como una puerta, galería, camino o ventana. El conjunto se convierte en elementos generadores de perspectivas y escorzos, que avivan el lado literario de un relato y conducen al observador a deslizarse por el lienzo desde distintas perspectivas como en seducción barroca.

LAS ESCENAS DISPUESTAS A MODO DE SECUENCIA CINEMATOGRAFICA no hacen, sino, avivar el misterio. Y se pone al rojo vivo si atisbamos por el dispositivo de visión estereoscópica en la instalación *La pintura paradójica*, compuesta por una pareja de lienzos y un visor. Este cúmulo de espacio tridimensional, en el que se ve

LA INQUIETANTE BELLEZA Y PINTURA PARADOJICA DE VÍCTOR LÓPEZ-RÚA

TEXTO *Fátima Otero. Crítica de Arte*



La fiesta del carnero

la imagen en relieve, sobrecoge y estremece cuando introduce al espectador en un espacio inexistente en el que los visitantes se sienten atrapados.

LÓPEZ-RÚA ha intentado desvelar las distintas miradas y

formas de representación de la realidad, desde el Renacimiento hasta la actualidad. Estudia la perspectiva una y otra vez y las distintas maneras de manejarla en cine, foto y pintura con la pretensión final de combinarlas todas. El

resultado se nos ofrece como diferente y original con respecto a otros ensayos que han trabajado en idéntica dirección.

El misterio reina por doquier en esta nueva entrega. López Rúa cree y sabe que lo profundo debe ocultarse en la super-

ficie, por eso deja en el lienzo pistas que nos van desentrañando posibles relatos. ¿De qué huyen dos ejecutivos camuflados por la fraga? ¿Quién disparó o envenenó a la mujer caída al borde de la piscina? ¿Por qué se produce una pelea? ¿Quién es el asesino de la terraza? Cada uno de los espectadores terminará la historia y dará respuesta a los interrogantes como mejor le convenga.

El autor es consciente de que no quiere relatar la vida entrañable en la intimidad de un hogar burgués, sino un ambiente de misterio inesperado e inexplicable conseguido a través de gestos como el de introducir a personajes trasladándose de una habitación a otra, miradas dirigidas hacia algo que está más allá de nuestro campo de visión o rápidas huidas. Todo un mundo de secretos privados, de acontecimientos subjetivos que nadie más que el artista podría haber escogido y expresado de esta manera.

LA RUPTURA REPENTINA DEL CAMPO VISUAL a través de sus sorprendentes cortes, el vibrar de luces, sombras y color; la agilidad de ritmos y poses o posturas de personajes siempre en acción, descubren un gusto por el misterio muy distinto a otras muchas propuestas de su generación, como si una página de un diario íntimo pudiera convertirse en algo tan importante como una declaración pública.

Al coruñés le seducen los interiores de Vermeer, los juegos de espejo y escenarios teatrales barrocos, las intrigas de Balthus o la reconstrucción de exteriores con luces de interior a lo Henry Fox Talbot; es un realismo culto que pretende hacer compatibles los objetos del pasado con los que llegan del presente: móviles y ordenadores de las últimas tecnologías.

PINTURA SOFISTICADA, en la que a veces no faltan marcas de lujo, esos iconos de la moda tan efímeros y trágicamente leves que también nos acercan, otra vez, el drama de lo fútil que hay en toda existencia. Otro signo de fragilidad. Tal vez por ello esta pintura intimista intente resucitar el tiempo perdido, logre reactivar todo lo que hoy parece que está en desuso como la perspectiva, profundidad, el dibujo o el uso de papeles timbrados para dibujar y atrapar esas sombras que tanto desasosiego nos producen.

La sintaxis de Víctor es totalmente personal, una pintura curiosa y diferente en la que se cruzan presente y pasado en perfecta sincronía.